

«carácter sagrado, á las amistades la duracion, á la sociedad la justicia, la libertad y el progreso. La caridad cristiana y la adhesion que esta inspira, ¿no han cubierto la «tierra de beneficios? ¿cuál es el sufrimiento que no encuentra el consuelo y socorro que pide? Solo el Cristianismo conoce el valor de los bienes y de los males de la vida; recibe los bienes con reconocimiento, y los usa sin ningun «apego excesivo: se sujeta á los males con amor, y se sirve «de ellos como un ejercicio propio para justificarse y elevarse á las mas difíciles virtudes. Persigue sin duda y combate sin cesar el principio de corrupcion y de egoismo que «todos llevamos en nosotros mismos; mas esta lucha no sirve sino para hacerle libre y grande, y si la virtud le exige «sacrificios, los ofrece con alegría y se hace sublime...» «El «Cristianismo (estas palabras concluyen la obra) ha salido «siempre vencedor de las luchas que le han suscitado, y en «su peregrinacion terrestre recoge los corazones rectos y «las almas sencillas. Las luces puras, los consuelos inefables, las esperanzas inmortales, la justicia y la paz, la libertad y aun el bienestar, tales serán siempre los beneficios, tales son las respuestas que él siempre dará á sus «tractores.» El Cristianismo exclama á grandes voces por boca del Apóstol: «¿Quién padece en parte alguna sin que «padezca yo con él (1)?»

Y ¿dónde están ahora los beneficios de la Reforma para el hombre y para la sociedad? El bosquejo mas lacónico de sus funestos resultados indigna el espíritu y contrista el corazón de todo hombre honrado y amante de su patria. Los beneficios que la Europa moderna debe al Protestantismo son en resúmen, el regicidio en el orden político, el socialismo en el orden civil ó social, el escepticismo en el orden religioso, el pauperismo en el orden económico, y el desenfreno y la licencia en el orden moral: merecen especificarse dos muy bellos; el duelo y el suicidio. Ved aquí el hermoso catálogo de beneficios que la Reforma ha sabido acarrear á las sociedades.

Iguales son los títulos de gratitud en que la incredulidad y el ateismo pueden apoyarse para demandar tener prestigio y consideracion entre los hombres. ¿Les ha hecho acaso algun bien? «La religion (cristiana), dice un sábio autor, es-

(1) II Cor. XI, 29.

«tablece, la incredulidad todo lo destruye; la una ilumina, «la otra ciega; la una reúne, la otra disipa; aquella difunde «de sus benéficos rayos, esta los extingue; es un monstruo «que desolaria las ciudades, yermaria los campos, y oscureceria los astros. Calcúlense juiciosamente estas funestas «consecuencias, y se verá que despojando esta al hombre de «sus títulos, de sus derechos, de sus esperanzas y hasta de «su misma naturaleza y dignidad de su alma, casi le confundere con los brutos. *Comparatus est jumentis insipientibus.* (Ps. XLVIII). Para nadie es bueno el ateismo, recopila «Chateaubriand (1), ni para el desgraciado á quien consuela «la la esperanza, ni para el dichoso cuya felicidad destruye, «ni para el soldado á quien hace tímido, ni para la mujer «cuya ternura y belleza marchita, ni para la madre que «puede perder su hijo, ni para los jefes de los hombres, en «fin, porque no tienen garante mas seguro de la fidelidad «de los pueblos que la religion.» En cuanto á la sociedad, ella ha sido amaestrada en esta parte por funestas experiencias. La incredulidad la dijo en Francia en el siglo pasado lo que puede esperar de ella en el orden político. La relajacion de costumbres, fruto del escepticismo que aspiramos, la dicen en el nuestro lo que puede esperar de ella en el orden moral, y las tendencias y levantamientos socialistas lo que puede traerla en el orden social.

Veamos por último al Cristianismo reportar al hombre la felicidad temporal, discurriendo con la misma generalidad con que hemos hablado en los párrafos anteriores.

Es incontestable que la verdadera felicidad temporal del hombre no consiste en lo que equivocadamente llamamos riquezas, ni en los deleites y goces materiales, con especialidad los impuros. Lastimosamente olvidado de su dignidad andaria el que osara decir, que la dicha temporal del hombre consiste en asimilarse á los brutos. El que esto afirmara únicamente se diferenciaria de ellos en la forma. Estos goces y deleites son para el hombre un foco continuo de inquietud, sobresalto y desasosiego: el cuerpo es agitado por el deseo, el espíritu por el pesar y el remordimiento, y todo el hombre anhela la hartura de su corazón, hartura que en vano busca en estos goces. La felicidad temporal del hombre consiste únicamente en aquella dulce paz y tranquilidad

(1) *Genio del Cristianismo*, tomo 2, al fin.

dad de espíritu que reporta al alma la práctica de las virtudes cristianas y el sentimiento de la buena conciencia: consiste en la total exención de las zozobras y sinsabores, fruto del despotismo de las pasiones; y consiste en las gratísimas y dulces satisfacciones que llevan consigo al alma las buenas obras, cosas todas que solamente el hombre cristiano es capaz de conocer y experimentar (1).

¿Es Dios, por ventura, tan enemigo de la felicidad temporal del hombre, que quisiese que los medios que le ofreció para que consiguiese la felicidad eterna, no los pudiera poner en práctica sin perder la temporal, ó le sirviese de obstáculo para alcanzarla? No: Dios dispuso, por el contrario, en su gran misericordia, que los medios que dictó al hombre para conseguir la felicidad eterna, fuesen también para él en esta vida un manantial perenne de goces sublimes y satisfacciones, y que lo que constituía el medio para la dicha eterna, fuese el término de la dicha temporal. Ved aquí la razón por que muchos santos y virtuosos varones después de haberles hecho felices en esta vida aquellos suavísimos éxtasis y arrobamientos de espíritu en que les abismaba dulcemente la práctica de las virtudes cristianas, esta misma práctica les mereció luego la eterna bienaventuranza.

En vez, pues, de oponerse la religión cristiana á la verdadera felicidad temporal del hombre, nunca podrá este conseguirla sin la práctica del Cristianismo, que es su única base, origen y apoyo. No ha existido ni existirá jamás en el mundo un gentil especulativo ó práctico que haya sido ni sea verdaderamente feliz en esta vida. La simple lectura del Evangelio, que es el gran código de esta religión divina, no se hace nunca, como confiesa Rousseau, «sin sentirse mejor que antes (2).»

§ V.— *Únicamente la religión cristiana indica al hombre su destino, y ella es la única que puede hacerle recuperar, en parte, la felicidad perdida.*

Aproximando la religión cristiana al hombre á su prime-

(1) «Contritio et infelicitas in viis eorum. Tribulatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum: gloria, honor et pax omni operanti bonum.» (Rom. II, 9, 10).

(2) *Pensées*, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, tomo 2, pág. 264.

ra condición, y desviándole de ella más y más las gentílicas, es claro que el Cristianismo es la única religión que puede proporcionarle en tanta dosis, cuanto el hombre degenerado es capaz de disfrutar, la felicidad y la dicha que en aquel estado gozaría, y que perdió por su prevaricación. Si la dicha que en la inocencia hubiera gozado consistía en la completa sujeción del cuerpo al espíritu, en su quietud y tranquilidad perfecta, en el conocimiento y amor hacia el verdadero Dios, ¿es por ventura otro alguno el objeto, el fin y las tendencias de la religión cristiana, que el de exhortar, dirigir é impulsar al hombre á esta sujeción del cuerpo, á esta tranquilidad de espíritu, y á este amor de Dios? Si no son muchas las veces que lo consigue, la culpa es del hombre, no de los ardorosos deseos de la religión.

¿Y son estas también las tendencias, el objeto y el fin de las religiones gentílicas? Precisamente son sus opuestas. Estas religiones, en vez de inculcar al hombre la sujeción del cuerpo al espíritu, y de las pasiones á la razón, le aflojan y dejan suelta la rienda de estas mismas pasiones; en vez de refrenar los deseos del cuerpo, los fomentan; en vez de procurarles el sosiego y el reposo de su espíritu, le lanzan con sus depravadas doctrinas en un mar inmenso de inquietudes, pesares y remordimientos, trayéndole acá y allá en perpétuos vaivenes á merced del flujo y reflujo de las pasiones. Y por último, en vez de llevar estas religiones al hombre al conocimiento y al amor del verdadero Dios, le ofrecen por objeto de su adoración una criatura miserable (*).

Solo, pues, la religión cristiana puede hacer recuperar en parte al hombre la felicidad temporal que perdió, como que este fue el segundo objeto y fin de su divino Fundador, como que estas observamos ser sus tendencias. No han faltado sin embargo sofistas que han dicho que el Paganismo, el Judaísmo y el Mahometismo son tan á propósito como el Cristianismo para hacer dichosa la sociedad. No hay más que dar una ojeada sobre el mapa universal, y examinar el es-

(*) La civilización y la luz han abortado en nuestros días sistemas que tienen estrecha afinidad con el Gentilismo. Tal es ese fourierismo bestial y soez, producto del progreso social indefinido. ¿Qué civilizaciones y qué progresos son esos que quieren acabar con la grandeza y la dignidad del hombre?

tado social y la legislación de las naciones que profesan una ú otra de estas religiones, para conocer lo absurdo de semejante aseveración que contradice, á la vez, á la experiencia y á la historia.

«¡Cuán sorprendente, exclama el profundo Sabunde (1), es el ver como todas las líneas del Cristianismo vienen á terminar en un solo punto central que es la renovación del «hombre!... ¿Qué otra cosa, pues, ha hecho Jesucristo que «volverle á poner en su primitivo estado (*)?»

§ VI.— *La religion cristiana es la única que lleva al hombre al conocimiento del verdadero Criador.*

Nadie que haya ojeado la historia ó tenga alguna noción de los innumerables y ridículos dioses de la mitología, puede dudar un instante de la verdad de esta aseveración. Cuando todo el mundo era pagano (si exceptuamos el pueblo escogido de Dios y desde que le eligió), cuando en él no se conocía otra religion que la gentilica, los hombres no reconocían mas supremos criadores que las criaturas, ó al menos, la religion que profesaban no les presentaba otro ninguno, y esto era precisamente lo que determinó y dió nombre á su culto. Pero viene Jesucristo al mundo; funda la religion de su nombre, y recuerda á los hombres quién es el verdadero

(1) *Las Criaturas*, pág. 275.

(*) «El Cristianismo es la restauración de la naturaleza humana por Jesucristo. Por consiguiente todo cuanto entra en la composición de «la naturaleza humana y todo lo que de ella depende, debe participar «también de esta restauración. ¿Hay para nosotros un medio seguro «para conocernos y encontrarnos en este vasto abismo, para saber con «exactitud lo que somos, lo que hemos sido, lo que deberemos ser, «cuáles son nuestros destinos mas allá del tiempo, y lo que nos espera «después de la muerte en esa eternidad impenetrable y muda que aque- «lla va siempre abriendo y cerrando, sin que jamás podamos sorpren- «der sus secretos para conocer el término de ese temible juego que es- «tamos jugando á la fuerza con ella, y para portarnos desde ahora en «cada una de nuestras acciones, de nuestras voluntades y pensamien- «tos, de modo que podamos con seguridad alcanzar los bienes y evitar «los males enormes que le son consiguientes? ¿hay una religion cierta «que nos instruya y asegure en todas estas cosas, y que nos levante «de todas nuestras ruinas y nos restaure en nuestra grandeza, y que «sea para nosotros la luz que prende en la oscuridad, el camino que «conduce á la vida por entre los senderos que guían hácia la muerte, «una mano que salva, y de la cual podemos asirnos para levantarnos?» Mr. Augusto Nicolás halla en el Cristianismo la solución á las anteriores preguntas que hace en sus *Estudios filosóficos*.

Dios cuya idea tenían hartó desterrada de su mente, saliendo apresuradamente de las tinieblas á la luz, de un error inexcusable á la verdad, de la afectada ignorancia y olvido culpable de su verdadero Criador al amor y al conocimiento del mismo.

En resumen: la religion cristiana es en su esencia la misma que el hombre profesaria si hubiera permanecido en el estado de la inocencia, porque manda todo cuanto el hombre entonces haria, y prohíbe todo cuanto ni siquiera conoceria. De consiguiente, no hay mas religion propiamente dicha que la cristiana; ella es la misma religion natural verdadera; ella sola es la innata al hombre, ella sola es hija de la razon: solamente ella le dignifica; solamente ella le trae beneficios: únicamente ella puede devolverle su felicidad primitiva en cuanto es compatible con su degeneración, y ella únicamente le indica, como con la mano, su verdadero Criador y su verdadero Dios.

Segun esto, bien resalta por sí mismo el torpe error de los que, como Montesquieu, no ven en el Cristianismo sino una religion local, buena para ciertos climas y países, y poco á propósito, y aun perjudicial á otros; opinando lo mismo del Catolicismo respecto de las sectas disidentes, como si los dogmas del Cristianismo, que son su *doctrina invariable*, tuvieran alguna relacion ó dependencia con países ni climas, ó como si su disciplina que es su *doctrina variable*, y de la cual sacan casi todas sus dificultades para plantearle en otros países, no pudiera acomodarse á las costumbres lícitas y al clima de ellos; ó como si las costumbres poco honestas y las ideas admitidas contrarias al Evangelio cuales las que nos refiere Montesquieu hablando de ciertos países del Asia, África y América, fuesen un obstáculo insuperable para el establecimiento del Cristianismo. ¿Por ventura no los ha hallado este iguales, y aun mayores, donde quiera que se ha establecido? ¿Ignoran que el sapientísimo Autor del Cristianismo previno todos los inconvenientes y removió todos los obstáculos? Aparte de que no podia ser de otra manera, porque el dogma es necesariamente como la verdad, uno é invariable, con la *invariabilidad* del dogma facilitó la universalidad de la fe, y con la *variabilidad* de la disciplina, facilitó la universalidad de la religion. Quiso que su religion fuese la de todos los hombres, é hizo

inflexibles sus dogmas para que no pueda confundirse con ninguna otra, y los hizo proporcionados á todos los hombres, y de tal modo, que satisficieran todas las exigencias y las necesidades espirituales de todos los hombres. Quiso que su religion fuese la de toda la tierra, é hizo flexible su disciplina para que pudiera extenderse por toda ella. Aun el mismo Montesquieu á pesar de su decidido empeño en localizar al Cristianismo (*), lo reconoce así al fin del capítulo 26 del libro XXIV, aunque no tenia mas que abrir los ojos para verle perfectamente acomodado en el Ecuador lo mismo que en los Trópicos.

Rousseau, dando tambien en la manía de localizar las religiones, las justifica todas (1). Sin embargo, tenemos que agradecerle el que, respecto del Cristianismo, se contradijo en otra parte (2), diciendo ser «el Cristianismo una religion *universal* que nada tiene de exclusivo, nada de local, «nada que sea propio de esta ó de la otra region, una *institucion social universal*.» Si Rousseau hubiera sido siempre franco, no lo hubiera perdido ante la posteridad. «Dos acusaciones contradictorias, dice él, refiriéndose á sus censuras, se destruyen por sí mismas, la malignidad es ciega, «y la pasion no raciona.» Precisamente le sucede á él esto en todos sus escritos.

No es ciertamente muy nuevo el prurito de comprimir al Cristianismo como en un aro de hierro, y estrecharle entre fronteras. Esto ya lo pretendieron en los siglos V y VI las escuelas neo-platónicas de Atenas y de Alejandría. Celso en el siglo II reputaba tambien insensato el proyecto de los cristianos de someter á todos los pueblos á su religion. Si la vida del hombre fuera de mas duracion, habria visto como esto era posible.

Por último, y como en resumen de los párrafos anteriores, dirémos con Nonnotte, hábil refutador de los sofistas: «Cualquier hombre desapasionado que con la sola luz de la razon, exenta de preocupaciones, examine con atencion todas las religiones que han sido abrazadas en el mundo, no

(*) «El espíritu de las leyes de Dios, dice oportunamente Balmes, no «debía encerrarse en el estrecho círculo que intentara señalarle el «*espíritu de las leyes de Montesquieu*.» (*El Protestantismo*, etc., cap. 39).

(1) *Emilio*, lib. IV.

(2) *Cartas de la montaña*.

«podrá menos de convenir en que ninguna de ellas es tan «augusta, tan divina, tan pura, y tan propia para formar «virtudes verdaderamente grandes, para honrar al género «humano, y para hacer feliz la sociedad, como la religion «de Jesucristo (1).» Un oráculo pagano que fue consultado sobre qué pueblos eran los que adoraban al verdadero Dios, respondió por permission divina:

«Soli Chaldæi sapientiam sortiti sunt et Hebræi,
«Per se genitum Regem, colentes Deum ipsum.»

Y como la religion mosaica era la misma que la de Jesucristo, en cuanto á la esencia, ó mejor dicho, era su exordio y preparacion, síguese que hasta por confesion del Paganismo, la religion cristiana es la única religion verdadera. San Justino recordaba á los paganos este suceso que ellos mismos habian divulgado (2).

CAPÍTULO III.

DE LA RELIGION CRISTIANA EN RELACION CON EL TALENTO, CON LAS LUCES Y CON LA CIENCIA.

§ I.— *La religion cristiana no puede menos de ser la religion del sábio desprecupado y franco.*

Sábio y ateo, sábio é incrédulo, sábio é idólatra, sábio y mahometano, sábio y protestante son cualidades opuestas entre sí, y que solamente la mas refinada hipocresía puede reunir en una persona; hipocresía motivada, ora por el despotismo de las pasiones que le dominan, y de las cuales no puede desasirse, arrastrándole á sus sugerencias á pesar de la íntima conviccion que abriga de su perversidad, echándose como desesperado en sus brazos; ora por el ambicioso deseo de conservar el puesto ó destino que obtiene en la sociedad, y que perderia si abjurara la religion cuya falsedad conoce, ó ya por un honor mal entendido, ó peor concebidos respetos humanos. ¡Cuánto hay de esto por desgracia (*)! De todas las defecciones y apostasias que se han he-

(1) *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Creacion*.

(2) «Ut ipsi narratis... sic oraculum dicitis respondisse, etc.» (*Cohortatio ad Græcos*, n. 11).

(*) Leibnitz es un triste ejemplo. Sus obras póstumas acreditaron